

VI

MISIONEROS

Un joven, á quien amo de todo corazón, y que, impulsado por una vocación irresistible, llegará pronto á ser sacerdote de las Misiones Extranjeras, acaba de dirigirme, en el momento de recibir las órdenes mayores y de pronunciar el voto supremo, una carta que me ha causado profunda emoción. Este piadoso joven,—raras veces he encontrado un alma tan entusiasta y tan pura—me dice que, dentro de algunos días, en el momento de sus desposorios místicos, cuando sea extendido, humilde y frágil víctima, sobre las losas de la Iglesia, rogará por mí, y me pide en cambio que le consagre un recuerdo en esta hora solemne y decisiva de su vida.

No esperaré esa hora para proclamar delante de todos y en alta voz hasta qué punto me parece envidiable mi joven amigo en el ardor y la sinceridad de su fe. Pues aun á los ojos del incrédulo,—y cuando pronuncio esta palabra, no es de mí,

á Dios gracias de quien hablo,—aun á los ojos del incrédulo, repito, el misionero es admirable.

En efecto, no solamente acepta en toda su severidad la regla impuesta á los sacerdotes y á los religiosos, sino que, además, renuncia, sin esperanza de verlos jamás, á su país, á sus padres, á todo cuanto ama. Marcha para siempre á vivir en climas funestos, entre pueblos bárbaros y crueles. Se presenta en medio de ellos y solo y sin defensa, no teniendo otra escolta que el ángel de su guarda, y llevando por únicas armas su valor y el Evangelio. A los salvajes que tiemblan de terror delante de ídolos amenazadores les habla de un Dios de amor, que quiere que se le adore en espíritu y en verdad. A esos seres gobernados únicamente por sus apetitos, pretende enseñarles la moral cristiana, que doma los instintos perversos, inculcándoles virtudes nuevas y para ellos desconocidas siendo el primero en dar el ejemplo. El espíritu de guerra y de odio es el estado normal de estos desgraciados; el misionero les exige que perdonen a sus enemigos, diciéndoles estas mágicas palabras: "La paz sea con vosotros." Su primera inclinación es la del robo y la rapiña; el misionero les ordena que practiquen la caridad y que desprecien los bienes de este mundo. Viven en una promiscuidad casi bestial; el misionero les invita á los castos goces de la familia. Reducen á los vencidos á la esclavitud y trafican con carne humana; el misionero les declara que todos los hombres son hermanos en Jesucristo y les ordena que rompan las cadenas y las maniotas.

¡Cuántos peligros amenazan á este sacerdote lleno de dulzura, que sólo puede oponer su crucifijo

á las armas horrosas, á cada paso levantadas sobre su cabeza! Con frecuencia cae herido desde el primer paso de su viaje apostólico, antes de haber podido hacer una sola conversión. Pero con anticipación ha hecho el sacrificio de su vida, está resignado á los suplicios y á la muerte ¿Qué digo? ¡Desea, espera esta muerte gloriosa y la acepta con deleite, convencido, como está, de que la sangre del mártir fecunda una tierra impía aún más que la misma agua del bautismo, y de que el nombre de Dios, cuya fe confiesa en los tormentos, no será olvidado por los verdugos á quienes espanta su heroísmo y á quienes bendice expirando!

Si, aun el que niega su vida futura, aun aquel que no tiene esperanza,—si encierra en sí el sentimiento de la grandeza,—no puede rehusarle al misio-nero su emoción y su respeto.

Encuentro en mis recuerdos de otros días á estos sacerdotes de las Misiones Extranjeras y los veo ahora; pues en este rincón del arrabal de San Germán donde nació—pronto hará cincuenta y seis años—y en donde vivo todavía, se los ve transitar por las anchas aceras de la calle de Sevres ó entre la batahola de la calle del Bac.

Cuando era pequeño, excitaban en el más alto grado mi curiosidad infantil. Me parecían muy diferentes, de los otros eclesiásticos. Su tez bronceada, su larga barba, su paso vivo y firme que agnaba la sotana, y en toda su persona un no sé qué de varonil, digámoslo así, de militar, todo me llenaba de sorpresa. Algunos—bien sabido es que con frecuencia prestan grandes servicios á la Francia, en sus misiones lejanas—estaban condecorados como militares.

A veces, delante de un palacio amueblado con apariencia clerical, que las invasoras construcciones del Bon Marché han hecho desaparecer ha ya mucho tiempo, veía salir de su coche á un anciano Obispo, con la presilla verde y oro alrededor del sombrero romano y la cruz pastoral que brillaba por entre una plateada barba de patriarca. Y las buenas gentes del barrio pronunciaban respetuosamente el nombre del Prelado exótico y el de su diócesis, allá entre los negros, en la triste Africa, ó entre la raza amarilla, en el fondo de la pavorosa Asia.

A la vista de estos sacerdote viajeros, yo, que entonces era escolar, pensaba en los vastos mares y en los países misteriosos indicados en el atlas, imaginaba largas travesías, terribles naufragios en islas desconocidas, aventuras extraordinarias entre salvajes armados con su mazá y adornados con su diadema de plumas como volantes de raqueta.

Los buenos Padres no se lo imaginan; mas es la verdad que me han hecho vivir con la imaginación, á la edad de doce años, veinte existencias semejantes á la de Robinson Crusóe ó del Capitán Cook.

He visto muy de cerca á estos sacerdotes que por mucho tiempo se me aparecieron bañados en la poesía de los recuerdos de mi infancia, en una de las horas más solemnes de su vida religiosa, pues uno de sus discipulos, el excelente joven de quien hace poco hablaba, me hizo asistir á la conmovedora ceremonia de la partida de unos misioneros.

No seré yo quien intente describir la escena des-

pués de Luis Veuillot y me contentaré con remitir á los lectores á las hermosas páginas que sobre el asunto se encuentran en Acá y allá. Sólo pido que se me permita hacer notar aquí mi impresión, una de las más punzantes que ha experimentado mi corazón.

Estamos en el jardín despojado, bajo el brumoso cielo de Otoño. Las altas ventanas de los viejos edificios—nobles albergues en el estilo de la Francia de otros días—parecía que miraban á los sacerdotes y á los laicos que se apresuraban, en las calles derechas y pobladas de boj, al llamamiento de una gruesa campana chinesca, de sonido bárbaro y cascado. En un ángulo del jardín se destacaba la imagen de la Virgen, radiante entre las gotas de oro de numerosos cirios.

Delante de ella, los diez que habían de partir, estaban en oración.

Veía de lejos aquellas espaldas y aquellos hombres que pronto habían de ser agobiados por tantas fatigas, y sus cuellos inclinados como ofreciéndose ya á la espada del ejecutor. Cantaban, arrodillados, las dulces letanías, y la asistencia, en pie, respondía en coro los *Ora pro nobis*. Pero, cuando invocaron á la Reina de los Apóstoles, á la Reina de los Mártires, á la Reina de los Confesores, todos cayeron de rodillas sobre las hojas secas; y sentí entonces pasar sobre la multitud y en mi corazón un estremecimiento sagrado. Si, todos nosotros experimentamos entonces por acción refleja y por simpatía hacia estos jóvenes que se consagraban á la muerte, algo de aquella angustia que oprimió á Jesús la víspera de su sacrificio, en la noche trágica, bajo los tenebrosos olivos.

Sin embargo, no había llegado aún el momento más patético de la solemnidad.

Terminadas las letanías, seguimos á los "Partientes" á la Capilla, fría y sin ornamentos. Sobria y severa fué también la palabra del Padre Superior, que en nombre de toda la Congregación les dió el adiós en este mundo—para siempre.—En términos de rara firmeza, insistió sobre este adiós, repitiendo á los viajeros que partían sin propósito de volver, que abandonaban para siempre patria y familia, y que la separación era definitiva, completa, absoluta. En los bancos y tribunas de la Iglesia estaban los parientes y amigos de los jóvenes misioneros. Pero éstos, en pie, impassibles, con los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el pecho, con varonil energía, escuchaban sin pestañear al orador que repetía siempre la palabra adiós y les recordaba sin cesar que el sacrificio era irreplicable.

Esto era sencillo y terrible á la vez.

Cuando el Superior hubo terminado su alocución los "Partientes" fueron á colocarse en una sola línea, delante del altar. Allí estaban, llenos de fuerza y de juventud, y parecía que esperaban el sacrificio. De repente pensé en los rehenes de la Commune, en frente del pelotón de los federa-

Entonces comenzó el acto más conmovedor de la imponente ceremonia. Todos los asistentes desfilaron uno á uno por delante de los misioneros, besandoles primero los pies y después el rostro—los pies en señal de desearles buen viaje y gran cosecha de almas entre los infieles; en las dos

mejillas, como signo de ternura fraternal y de eterno adiós.

Iba yo acompañado también de un joven poeta amigo mío. Ni uno ni otro titubeamos en cumplir el rito, pues los que tienen un poco del ideal en el alma, inclinan la frente sin esfuerzo ante lo que es verdaderamente grande; y los dos teníamos los ojos inundados de lágrimas, al desprendernos de los brazos de estos paladines de Jesucristo, de estos caballeros andantes de la fe, que nos habían estrechado contra su corazón con feliz sonrisa, recomendándose á nuestras oraciones.

¡Mis oraciones! Tú me las pides hoy, querido joven, que vas á empeñarte en el servicio de Dios por promesas eternas y á quien el año próximo, si vivo aún, iré á dar el brazo á la Iglesia de las Misiones! ¡Mis oraciones! Las había olvidado hacia ya mucho tiempo y he necesitado muchos meses de enfermedad y de sufrimiento para balbucearlas de nuevo, para rechazar con disgusto todos los viejos enigmas colocados ante mi razón y para tender apasionadamente las manos hacia un Padre celestial, á cuya misteriosa voluntad quiero someterme obediente de hoy en adelante. Pero, ¡ay! á pesar de todos mis esfuerzos para llenar mi alma de humilde confianza, conozco que estoy destinado á sufrir aún mucho por la duda, y, muchas veces, tendré necesidad de repetirme la palabra inmensa que Pascal se atreve á poner en boca del mismo Dios: "No me buscarías si no me hubieras encontrado ya."

¡Mis oraciones! Yo soy quien tiene necesidad de las tuyas, intrépido y piadoso joven, de las tuyas y de las de tus amigos de las misiones extran-

teras; de estos admirables cristianos que en la imitación de la vida de Jesús, han elegido de preferencia su pasión y su muerte, y á quienes he visto—en hora inolvidable—alineados delante del altar en la actitud de las víctimas preparadas para la cruz y ofreciendo sus manos abiertas á los clavos del verdugo y su costado á la lanza del legionario.

23 de septiembre de 1897.

ca y hermosa ciudad, situada en medio de un paisaje grandioso y encantador.

Para sentir la poesía fría, sí, pero intensa, de la antigua ciudad de la Reforma, precisa encontrarse allí; por el contrario, en el corazón del Invierno, cuando el vigor de la temperatura está de acuerdo con el de las costumbres locales, y cuando sopla el cierzo, tan agrio como una controversia. El Lemán se oculta bajo la niebla, como si su azul voluptuoso temiese ofender el pudor hugonote y los esqueletos de los árboles están secos como un sermón protestante. Entonces es cuando conviene trepar por las oscuras calles de lo alto de la ciudad. Hay allí plazuelas solitarias en que se levanta un olmo despojado y seco, en lo alto de una antigua escalera de piedra; y, sin tener mucha imaginación, puede uno figurarse que va á ver aparecerse al mismo Calvino, con su ropa y su gorra negros, oprimiendo bajo su brazo descarnado una gran biblia de broches, y gruñendo, con su barba puntiaguda alguna maldición contra los libertinos y los herejes.

En este barrio sombrío se encuentra también la calle de los Granges, el arrabal de San Germán ginebrino, en donde habitan hugonotes muy ricos y devotos, que se pasan todo el año haciendo oraciones y economías.

Pasando luego á la parte moderna de la ciudad y mezclándose á la multitud activa de las calles comerciales, se encuentra en muchos semblantes el mismo carácter de áspera austeridad. Parece que las mujeres, arrebuñadas en pieles y con sus sombreros de velo, desean ocultar su nermosura como si fuera objeto de escándalo, y en el um-

VII

SOBRE LA NUBE

Hace algunos años, durante el mes de enero excepcionalmente brumoso, pasé una semana en Ginebra.

En el Invierno, bajo un cielo triste y sombrío, es cuando la Roma calvinista toma su verdadera fisonomía y no se la conoce habiéndola visitado rápidamente durante la Primavera como hacen los trristas.

¿Qué recuerdos conservan, en efecto? La decoración sin semejanza del lago y de las montañas, los lujosos hoteles de los muelles, los elegantes almacenes de la Coratterie, la conversación cosmopolita de los pasajeros sobre el puente del vapor de Lausana. Poco más ó menos esto es todo. El recuerdo de Calvino no tiene nada de atractivo. A pocas personas les tienta la curiosidad de investigar las huellas del terrible sectario en las callejuelas escarpadas de la antigua ciudad y bajo las bóvedas de San Pedro; así el viajero no lleva de Ginebra más que la impresión superficial de una ri-

bral de la Bolsa se ven algunos señores de grave continente, que son banqueros y hablan del curso de los valores, pero que de buen grado creería cualquiera que son doctores en exégesis, que discuten sobre la interpolación de un texto sagrado.

Perdónenme los buenos ginebrinos la inocente malicia de este bosquejo. No olvido la cordial acogida que me hicieron cuando fui á recitarles mis versos, ni las dulces simpatías que recogí entre ellos.

¿Quién, por otra parte, dejaría de estimar y de admirar la ciudad hospitalaria y estudiosa, la ciudad de inteligencia y de libertad, asilo natural de tantos proscritos?

Pero los ciudadanos de Ginebra tendrán que convenir en que el invierno es hurafío en las orillas del Lemán. Mi espeluzno y mi angustia física fueron pues excusables, en aquella mañana de enero en que comprobé al despertarme, á través de los vidrios de mi ventana la existencia de una atmósfera de desesperación y suicidio, y aquella abominable bruma que olía á hollín y que penetraba hasta los aposentos.

Súbito, el amigo que me había hospedado en su casa entró en mi alcoba y me dijo con alegría:

“¿Quereis ver el sol?”

Por lo pronto creí que mi amigo trataba de darme una broma pesada; mas no era así. Nada era más fácil. Bastaba montar en coche, hacerse conducir hasta cierta altura, flanqueando el Saleve, sybir luego á pie por la montaña arriba para encontrarse sobre la niebla y contemplar el sol y el cielo azul.

Seamos justos. He aquí un placer de que no podríamos gozar en pleno invierno en París ni aun

en Montmartre, desde lo alto de las torres del Sagrado Corazón.

Como podeis imaginaros, acepté con júbilo la seductora proposición y media hora después estábamos instalados en un landó muy confortable, pero cuyos vidrios empañaba un vapor húmedo y opaco, aislándonos del mundo exterior.

Rodamos durante un buen rato, primero al trote, después al paso, no dándonos cuenta de la subida más que por el esfuerzo de los caballos, lo que se percibe perfectamente desde el fondo de un coche. Cuando el nuestro hizo alto, nos apeamos envueltos por una densa nube.

El frío era intenso. A diez pasos de distancia no se veía nada. Además de esto era preciso mirar al suelo para no tropezar en los carriles y en el lodo medio congelado. A derecha é izquierda los troncos de los árboles se elevaban, vagamente esfumados y como envueltos en hñata. Aunque en aquel tiempo un peón bastante fuerte—jay! ya no podría decir otro tanto— la subida me pareció ruda. Mi compañero y yo sudábamos bajo la levita, jadeábamos y arrojábamos por boca y narices un triple borbotón de humo que se disipaba al momento y se confundía entre la niebla. Sin embargo, apoyados en el bastón y caminando lentamente al paso largo del alpinista adelantábamos y nos elevábamos poco á poco, á través del vapor blanco.

Por fin, la niebla se hizo menos densa, se coloreó con un ligero matiz de rosa, especie de presentimiento del sol. El fin se aproximaba. ya distinguíamos la hierba húmeda de los declives, la corteza vermicular de las encinas, el verdor de los chaparralles de hojas persistentes.

Por fin, delante de nosotros surgieron de entre la neblina las cimas de los abetos y, sobre nuestra cabeza se esparció una luz de un azul tierno y exquisito.

—ra el cielo. Estábamos sobre la nube.

Podría vivir cien años—lo que no deseo y lo que por otra parte sería absurdo y escandaloso—sin olvidar la alegría, el encanto, la embriaguez que me invadieron y penetraron todo mi sér ante el maravilloso espectáculo.

Nos encontrábamos en la punta de una especie de promontorio, y por todas partes se extendía y se desarrollaba ante nuestra vista un golfo inmenso, color de leche; era la nube que acabábamos de atravesar, en cuyo fondo se destacaban Ginebra y su lago.

De este mar vaporoso surgían elevándose gritos, llamadas, ruidos de carruajes, á veces el silbido agudo de la locomotora, todos los rumores de una gran ciudad. Allí soñé con la Atlántida misteriosa y me acordé de la leyenda de la ciudad de Is, sumergida entre las olas del Merbihán, cuyas campanas creen oír sonar los marinos en peligro.

rente á nosotros, y sigámoslo así, á la otra orilla, salía de entre las nubes la cadena del Jura, enteramente blanca, mientras que á nuestra derecha el Océano lechoso se perdía en el horizonte y se mezclaba, en insensibles matices, con el pálido azul del cielo. Á veces una gaviota del Lemán surgía bruscamente del brumoso abismo, volaba durante uno ó dos minutos, á grandes aletazos, en plena luz, después se precipitaba y volvía á entrar en la nube, dando un grito agudo, como para burlarse de los habitantes de la gran ciudad, que se arras-

traban en el fondo del abismo; y nada era más fantástico que este mar blanco, de donde brotaban y en el que se hundían sin cesar los pájaros.

Sobre todas estas maravillas, un sol de invierno claro y frío se cernía triunfalmente en medio del cielo, derramando á lo lejos sobre las cimas nevadas un resplandor de malva de un tono adorable y haciendo brillar en torno nuestro, como esmaltes, las plantas mojadas.

¡Sí, siempre recordaré mi delicia y mi profundo suspiro de entusiasmo, cuando, después de la penosa marcha á través de la niebla sombría y malsana, me vi de repente en presencia de esta hechicera de la naturaleza y quedé deslumbrado por tanto esplendor y tanta pureza!

¿Por qué, pues, el recuerdo, ya tan lejano, de esa sensación admirable y quizás única en mi vida, me visita hoy con tanta insistencia?

¡Ay! es que acabo de sufrir cruelmente y que aún sufro, cada día, en mi carne; es que ha llegado para mí el invierno de la vida, la vejez y sus achaques. No hace mucho esta decadencia me desesperaba y me ahogaba en tenebrosa niebla.

Felizmente la mano de un paternal y piadoso amigo estrechó entonces la mía; y ese amigo me ordenó con firme bondad que me pusiera en camino y que subiera hacia la luz.

¡Cuán feliz soy habiendo encontrado, en el fondo de mí mismo, un poco de mí alma y de mis oraciones de niño! ¡Oh! cuánta dulzura se encierra en ser humilde, en tener confianza y en obedecer! A penas he recorrido la primera etapa y ya se disipa

la neblina de orgullo y de impureza que me ocultaba el buen camino.

Sobre la montaña no subía más que hacia el sol. encima de todo lo que vemos del cielo! ¿Qué recuerdo evocaba hace poco?

Sobre la montaña, no subía mas que hacia el sol. hoy me elevo hacia una claridad incomparablemente más deslumbradora; pues, según la bella expresión de Miguel Angel, el sol no es más que la sombra de Dios.

Octubre 28 de 1897.

VIII

RECUERDO FILIAL

Ayer, tratando de poner un poco de orden en el farrago de mi biblioteca, encontré el viejo libro en que mi madre me enseñó á leer.

Esta **Vida de San Luis**, publicado al principio de la Restauración, imperfectamente encuadernado en badana, fué dado, como premio, á mi madre, cuando iba á la escuela. Este recuerdo de mi infancia fué también testigo de la suya. Recorro las hojas, amarillentas, en las cuales comencé á deletrear— ¡con qué lentitud y esfuerzo!—las palabras que ella me señalaba con la punta de su aguja de hacer medias, y súbito me pongo á pensar que en estas mismas páginas, ha ya mucho tiempo, inclinaba su frente una niña estudiosa y que esta niña era mi madre.

¡Cosa extraña! El pensamiento de que mi madre ha sido niña, brota en mí por primera vez en mi vida sorprendiéndome por lo menos tanto como me conmueve.

Mi madre frisaba en los cuarenta años cuando

me dió á luz. En su juventud, según se me ha asegurado, había sido hermosa; pero el único retrato que de ella existe fué hecho pocos años antes de su muerte, y en las más lejanas profundidades de mi memoria, su querido rostro sólo se me representa influido por las huellas de la edad. Los que han conocido á su madre joven y hermosa, ¿experimentan una dulzura particular al recordarla así? No lo sé. Con todo, en mi opinión son privilegiados aquellos cuyas primeras miradas vieron, inclinada sobre su cuna, una frente marcada por la fatiga del vivir y á quien su madre pareció siempre una madre anciana. El recuerdo que de ella guardan es, si no más querido, por lo menos más sagrado, aunándose así lo que la vejez tiene de venerable y lo que la maternidad tiene de augusto.

Este viejo libraco, de que mi madre se servía para enseñarme el arte tan difícil de la lectura, este libro que ella poseía ya desde el tiempo en que concurría á la escuela, me hace, pues, pensar que mi madre ha sido una niña. Pero no puedo imaginarme sus juegos y sus trabajos de niña, así como tampoco sus ensueños de joven ó sus alegrías de esposa tiernamente amada. Sólo veo en ella á mi mamá, á mi anciana mamá.

Me parece que faltaría al cuarto mandamiento del Decálogo: "Honrarás á tu padre y á tu madre," y que se desvanecería algo del tierno respeto con que mi pensamiento envuelve la querida imagen de mi madre, si me la representara un solo instante fuera de la función maternal y sin las primeras canas y las pocas arrugas que ya tenía cuando era yo un peñuelo.

Se necesitaría una pluma exquisita y ligera, que

no poseo; sería preciso escoger palabras aéreas para expresar este sentimiento de piedad y celo, este escrúpulo delicado, este matiz del alma. De él puedo dar una idea sólo recordando el misterio de la fe cristiana; tan conmovedor y profundo, que circunda á la Madre de Jesús de ideal pureza.

Sí, para todo aquel cuyo corazon es verdaderamente filial, su madre es inmaculada.

Por otra parte, ¿no es perfectamente natural que evoque solamente bajo los rasgos de una madre á aquella para quien nunca fué más que un niño?

Cuando murió, tenía setenta y un años y yo treinta y tres. Era, pues, un hombre,—un hombre que había vivido, trabajado, gozado, sufrido, atravesado veinte veces la llama de las pasiones, un hombre que había permanecido fiel, sin duda, á sus deberes principales, pero ¡ay! culpable de muchas faltas y sin inocencia. Ciertamente mi madre lo sabía. Había conocido mis esfuerzos para tener valor, mis debilidades para excusarlos; había tomado su parte en mis alegrías, me había consolado en mis horas de angustia. Pero sí, mujer de viril inteligencia y de juicio elevado y seguro, me hablaba como á un hombre, cuando le pedía consejo; volvía á ser para ella—¡adorable ilusión!—su niño, su pobre niño, bien así como en los pasados días en que no tenía necesidad más que de su amor.

No recuerdo solamente aquí los instantes en que desfallecía de pena y en que sólo encontraba apoyo abrazando á mi madre y enjugando sobre sus mejillas mis ojos abrasados por las lágrimas; lo mismo que en el tiempo en que me llevaba en sus brazos. No, aun en el curso ordinario de la vida, en las mil monadas de todos los días mi excelente

madre me trataba como en mis primeros años, atribuyéndome ingenuamente la imprudencia y el atolondramiento propios de la primera edad.

"Pon cuidado al bajar la escalera..... Guárdate del frío..... Segura estoy de que has olvidado el pañuelo....."

Compadezco á los que reciben con impaciencia, sin una tierna sonrisa, estas recomendaciones pueriles. Siempre me han conmovido hasta el fondo del corazón. Por otra parte, quizás más que otro cualquiera fui objeto de estos menudos cuidados; pues, en mi juventud sufrí algunas enfermedades, y era grande la inquietud de mi madre, pues no sólo la inquietaba el niño, sino el niño enfermo.

Un invierno, los médicos me enviaron al Mediodía; pero encontré á mi pobre mamá tan cambiada después de algunos meses pasados lejos de ella, que, al año siguiente, sin embargo de que aún sufría, me quedé en París, en donde viví como prisionero durante la mala estación. Mi madre, ya bastante caduca y debilitada, casi puede decirse que no abandonó un instante mi alcoba.

Séame permitido transcribir aquí una antigua décima. Nunca repaso mis antiguos versos; mas éstos han permanecido grabados en mi memoria. Me recuerdan horas dulcísimas, horas de perfecto bienestar, en la atmósfera de ternura maternal en que se deslizaba entonces mi vida.

Escribo cerca de la lámpara. Hace buen tiempo. Nada se mueve. Pequeña, vestida de negro, en el gran sillón rojo, tranquila junto al fuego, allí está mi anciana madre. Piensa sin duda en el mal que me desterró, lejos de ella el pasado invierno, pero sin

mucho terror; pues soy prudente y permanezco en casa cuando hace viento.

Y después, teniendo en cuenta que en octubre la noche puede refrescar, ligera y sin hacer ruido, añado un leño á la chimenea llena de llamas. ¡Madre mía, bendita seas entre todas las mujeres!

Hace poco balbuceaba estos versos, hojeando el libro en que mi madre me dió á conocer las letras, buscando y besando las huellas de sus dedos. Sin embargo ¡cuántas angustias y pesares proporcioné á la admirable mujer! Y no es que dudara un solo instante de mi respeto y de mi amor, Dios mío! Pero cuando uno es joven, se arroja en la vida, impulsado por el áspero viento del deseo, olvidándose de que hay en el hogar de la familia, abandonado con frecuencia, una pobre anciana mamá.— que llena de indulgencia infinita, apenas se atreve á dirigir á su hijo ya grande un tímido reproche— pero que se alarma por los peligros que corre, que sufre viéndole perder su candor y su pureza,— ¡y que llora!

¡Ojalá esta página llegue á manos de un joven y pueda contribuir á detenerle al borde de un serio desfallecimiento!..... ¡Si supiera qué amargura es para el alma, más tarde, en la decaencia de la vida, el pensar que no ha sido uno un hombre malo, que nada tiene que reprenderse en lo esencial y que sin embargo de eso se ha hecho llorar á su madre!

Hace más de veinte años que la mía ha muerto, y siento que tenía un corazón de hijo, pues en aquel día se apagó en mí algo delicioso: desde entonces, nunca me he sentido joven.

Nunca he evocado la memoria de mi madre con tanta frecuencia como durante esta enfermedad y esta convalecencia que me han inspirado tan graves meditaciones. Balbuceando, después de tantos años, las oraciones que mi madre me enseñó en la infancia, es como mi alma ha comenzado á elevarse á Dios. En la esperanza de volver á ver á mi madre me complazco en creer en la vida eterna. ¡Oh! cómo pensaba en mi madre el día en que, para merecer la recompensa de encontrarla en el cielo me hice la promesa de que el tiempo que me queda de vida lo llenaría con sueños más puros y con acciones mejores!

Jesús, que ha hecho triunfar á su Madre, junto á él, en su divino reino, bendecirá la plegaria de un hijo y de un cristiano.

¡Patria mística! ¡Morada de los Justos! ¡Glorioso hogar de luz y de amor! ¡Se pretende que nuestras débiles inteligencias no pueden concebir la extensión y la perfección de las felicidades, que reserva á los elegidos! Mas me parece, á mí, humilde de espíritu; á mi, pobre pecador, que he tenido el presentimiento del Paraíso, en otro tiempo, cuando era un pequeñuelo lleno de inocencia y me dormía enlazando con mis dos brazos tu cuello, santa madre mía y mi buena nodriza!

Noviembre II de 1897.

IX

PARA LA QUE ORABA

En la mayor parte de las iglesias de París, excepto en los días de fiestas solemnes, asiste poca gente á la misa mayor. Se dice muy de mañana y los parisienses se levantan tarde; dura mucho y los parisienses están muy ocupados. Y después, respecto á las mujeres, no olvidemos el gran obstáculo, el tocador. El Buen Dios es razonable; no puede exigir que la señora esté lista á las nueve de la mañana.

Por todas estas razones la asistencia es, en general, poco numerosa los domingos ordinarios, aun en las parroquias más frecuentadas. A partir de las diez y media, para las misas tardías, la multitud se comprimiría en la Iglesia. Mas, al presente, salvo un grupo bastante compacto en torno del púlpito, se ven filas enteras de sillas vacías y fácilmente podrían contenerse los fieles diseminados acá y allá.

Para los tres ó cuatro viejos fabriqueros que dormitan en el banco de la obra, para algunas docenas de devotas y de criadas, para las hermanas y sus

huerfanitos cuyas gorras redondas se dirían allá abajo, para los pobres que permanecen en pie bajo la nave, con su gorra bajo el brazo, se celebra el oficio divino con toda su pompa y el sacerdote y los dos diáconos revestidos de ricos ornamentos ejecutan delante del altar los gestos y las evoluciones hieráticas y las voces de los cantores y de los niños de coro lanzan bajo la bóveda sonora las majestuosas melopeas de la liturgia y el gran órgano se conmueve, reprendiendo, llorando, soñando, suspirando alternativamente, derramando, á inmensas oleadas, la oración y el éxtasis sobre todas estas cabezas inclinadas.

Asistía yo á la misa mayor uno de esos domingos, no hace mucho tiempo, en el mes de septiembre último. En esta época del año, el arrabal de San Germán está casi desierto. Los vecinos no han regresado aún del campo ó de los baños de mar y en las casas altas, de los cinco pisos, uno ó dos abren solamente sus postigos. Cuanto á las mansiones aristocráticas, están completamente cerradas. Los dueños cazan, están en sus castillos, en provincias; y en la puerta de los vetustos hoteles nadie toca á la argolla que una cabeza de león sostiene en sus garfos de bronce.

Todas estas ausencias se dejan sentir en la misa mayor. Nadie ocupa las sillas adornadas con sus placas de cobre,—la señora Marquesa por aquí, la señora Duquesa por allí—ni los reclinatorios acolchados.

La asistencia se compone de pobres, de tenderos, de criados.

Aquel domingo la Iglesia no desplegaba menos que otros la magnificencia de sus ceremonias; pues

es, dígase lo que se quiera, la gran escuela de la igualdad.

El feroz demócrata que sueña con ponerlo todo á un mismo nivel, cuando recibe á un pariente pobre no se esmera en iluminar por eso su salón, ni baja á la bodega á buscar un cesto de botellas de vino añejo. El sacerdote cristiano acoge siempre á los fieles, por humildes que sean, con todo el lujo de que dispone, tratándolos como á hermanos muy amados.

Yo estaba allí y oraba. ¡Ay! para orar bien, para orar no solamente con los labios, sino desde el fondo de mi corazón, debo hacer un esfuerzo. Tan mezquino y débil es el último resto de fe que creía haber perdido para siempre y que el sufrimiento me ha devuelto. Es como un tizón negro y casi apagado en donde quedan solamente algunas chispas y que reanimo locamente con mi soplo. En el desierto de mi alma, empedernido por una vida entera de indiferencia, me es necesario á cada paso arrancar las malas hierbas de la negación y del escepticismo. ¡Felizmente correis aún, lágrimas mías! ¡Vosotras fecundaís este suelo árido y ya veo brotar en él la verde semilla de la esperanza!

Oraba pues—lo mejor que podía—cuando noté, á corta distancia de mí, una mujer arrodillada.

Con los codos en el respaldo del reclinatorio, la barba en las manos juntas y crispadas, estaba en la actitud antigua y tradicional de la adoración, y su perfil se mantenía tan inmóvil como si hubiese sido pintado. ¡No enteramente joven—más de treinta años—sin hermosura—mas cuánta dulzura y cuánta pureza en su delgado rostro!—era una de esas obreras de París que tienen tanto gusto y que tan bien saben

poner un poco de arte en sus más sencillos atavíos. Sus guantes eran nuevos, su traje le sentaba muy bien, las cintas del sombrero estaban graciosamente arrugadas. Nada de coquetería, sin embargo. La elegancia instintiva de mi vecina—por otra parte obtenida con tan poco gasto—iba acompañada de modestia y de perfecta decencia. Se adivinaba que la pobre mujer se había vestido lo mejor que podía únicamente por cortesía hacia el Buen Dios, porque era domingo é iba á misa. ¡Oraba y con qué ardor! No hacía ningún movimiento; pero su cabeza ligeramente erguida, su mirada fija en el altar, sus labios entreabiertos como para dar libre paso al piadoso efluvio que salía de su corazón, todo en ella expresaba la exaltación del alma hacia los horizontes infinitos.

¿Qué le pedía á Dios? El pan cotidiano, á lo sumo, de ello estoy seguro. Pues no imploraba; adoraba simplemente; y su oración muda era desinteresada, como todo lo que inspira el verdadero amor.

Sin embargo, seguramente era pobre, pues no llevaba alhaja alguna, y probablemente también, muy solitaria en la vida, puesto que iba sola á la Iglesia. Una soltera ciertamente. Me la representaba tirando de la aguja todo el día en algún cuarto alto, delante de un triste horizonte de techos y de chimeneas. No bonita, habiendo pasado la edad de los sueños románticos, ya no podía esperar que un sentimiento compartido, que un feliz matrimonio viniesen á cambiar su destino. Sí, era muy bien esto. Una existencia comparable á un cuadrante solar en un país de brumas, en donde apenas hay algunas horas serenas. El pasado lleno de duelos, como

para todos nosotros; el presente empañado y mediano y la certidumbre de un monótono porvenir. Para ella debía ser un acontecimiento el renovar su ramo de boj bendito, el domingo de Ramos.

¡Cómo oraba! ¡Y cuán feliz era orando! No podía separar mi vista de aquel débil y delineado perfil, inmóvil, petrificado, por el arrobamiento místico, ni de aquella boca entreabierta por la débil y delicada sonrisa del éxtasis.

¡Cómo oraba! No, nada pedía. Había aceptado hacía mucho tiempo su vida de miseria y de trabajo, con entera resignación. ¡No, no pedía nada de este mundo! ¡Pero con la sublime confianza y la admirable esperanza de los corazones sencillos, estaba segura de una vida mejor, de una felicidad eterna, mientras que dejaba á su alma extasiarse y sumergirse en las armonías y en los perfumes, con la penetrante música del órgano y el humo embriagador de los incensarios! ¡Fe de los humildes! ¡Último tesoro de consuelos para la lastimosa humanidad! ¡Cuán maléficos y culpables son los que te combaten y te destruyen y cuánto lo fuí yo mismo, que tengo que reprenderme más de una página dictada por la ironía y por el orgullo!

Acabo precisamente de leer, con amarga tristeza, el escrito reciente de un célebre doctrinario de la anarquía. Después de una amarga sátira—siempre fácil y cien veces repetida—de la sociedad de los hombres, este teórico revolucionario nos profetiza—¡para un lejano porvenir y á precio de sangrientas convulsiones!—el advenimiento de un estado social en el cual todos recibirán equitativamente el alimento del cuerpo y del espíritu, el pan y la ciencia, y serán felices, tanto como se puede serlo,

en presencia del dolor y de la muerte! Es un ideal—relativo—á cuyo triunfo todos deberíamos contribuir sin duda.

Pero millones de hombres han vivido sin sospechar siquiera tan feliz aurora y otros millones de hombres la esperarán sin duda por mucho tiempo todavía, presa de un impaciente furor. Pues el progreso se realiza con lentitud desanimadora y no se ve distintamente en el momento histórico en que nos encontramos aquello en que el proletario moderno es mucho menos desgraciado que el esclavo antiguo.

Mientras tanto, el número de suicidios aumenta incesantemente, gritos de desesperación resuenan por todas partes y jamás entre los hombres que piensan fué más manifiesto que en los días actuales el horror á la vida.

También muchos se refugiarán todavía á los pies de Cristo, quien al menos nos hace indulgentes hacia el dolor y nos muestra más allá de la tumba la esperanza de la verdad, de la felicidad y de la justicia. Quanto á mí, para reconquistar la fe en toda su integridad y tal como se me dió en la cuna, me esfuerzo por volver á encontrar el candor de mi infancia y por imitarte, pobre hija del pueblo que orabas con tanto ardor en la Iglesia medio desierta, sencilla cristiana, hermana mía que me has causado envidia y me has dado el ejemplo.

Noviembre 25 de 1897.

X

NAVIDAD IMPERIAL

(1811)

En la víspera de Navidad de 1811, y desde las diez de la noche, Napoleón trabaja solo en su gabinete en el palacio de las Tullerías.

La vasta pieza está casi completamente oscura. Acá y allá, en la sombra, brillan vagamente algunos las dos cabezas de león que adornaban los brazos objetos dorados, el marco de un cuadro invisible, de un sillón, mueble antiguo y macizo. Bajo sus pantallas de metal, las velas de cera de los dos candelabros no iluminan más que la larga mesa llena de atlas y de gruesos registros encuadrados en tafete verde y sellados con la N y la corona.

Hace cerca de dos horas que el amo trabaja y que, sobre los mapas y los estados de situación de sus ejércitos, inclina su frente formidable que atraviesa una mecha negra, su frente llena de pensamientos, pesados como el mundo cuya conquista medita.

El atlas abierto presenta un mapa de Asia; y la mano del Emperador,—nerviosa, femenina, encantadora—busca lentamente con el índice, allá abajo, allá abajo, á través de la Persia, un camino hacia el Indostán.

¡Sí, las Indias! ¿Por la vía de tierra? ¿Por qué no? Puesto que su marina está vencida y destruída, el conquistador no tiene otro camino más que éste para ir, bajo las palmas de sus selvas fabulosas, seguido de sus águilas cuyo oro brilla entre el acero de las bayonetas, á herir á Inglaterra en el mismo corazón, es decir, en su imperio colonial, en su tesoro.

¿A qué tiene la grandeza de César y de Carlomagno, quiere todavía la de Alejandro. Sueña en esto sin admirarse. Conoce ya el Oriente, allí ha dejado detrás de él una leyenda inmortal. El Nilo lo vió, un día, flaco, General de largos cabellos, montado sobre un dromedario. A orillas del Ganges, para el pesado Emperador de levita gris, será necesario el elefante de Poro. Sabe cómo se entusiasma á los pueblos y cómo se los fanatiza. Se pondrá al frente, allá abajo, de soldados de bronceado rostro, llevando el turbante de blancas muselinas; verá mezclados con su Estado Mayor rajás brillando de piedras preciosas; é interrogará sobre su destino á los monstruosos ídolos que levantan sus diez brazos por encima de la mitra de diamantes, puesto que, en otro tiempo, en Egipto, el esfinge de granito, de rostro chato, delante del cual soñaba, apoyando las manos sobre un sable curvo, no le entregó su secreto.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán de Asia! Hé

ahí los dos únicos títulos que se grabarán sobre su mausoleo.

¡Un obstáculo: la inmensa Rusia!

Mas puesto que no ha podido fijar la voluble amistad de Alejandro, lo vencerá. Y la pequeña mano del Emperador hojea ávidamente los gruesos volúmenes verdes, las listas que le dicen, con el error de un hombre poco más ó menos, el efectivo del enorme ejército que ya se reúne hacia el Niemen. Sí, vencerá al autócrata del Norte y arrastrará al Czar vasallo, seguido de sus hordas de jinetes salvajes, á la conquista del Oriente.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán de Asia! La obra no es superior á su deseo y á su genio. Y una vez fundado, su prodigioso imperio no correrá el peligro de ser un día dividido entre sus Generales, como el del macedonio. Desde el veinte de marzo Napoleón tiene un hijo, un heredero de su gloria y de su poder; y los labios del Emperador se abren en una bella sonrisa al pensar en el niño que duerme tan cerca de él, en el palacio silencioso.

Mas, derrepente, levanta la cabeza con un movimiento de sorpresa. En el gabinete tan bien cerrado y cuyas espesas cortinas están bajas, ¿de dónde viene este extraño y profundo murmullo? Tal parece que las grandes abejas de oro, bordadas en la seda de las colgaduras, se ponen todas á zumbar. El Emperador escucha con más atención y hé aquí que, en este rumor, distingue vibraciones de bronce.

“¡Ah! sí..... Navidad..... La misa de medianoche.”

Son, en efecto, las campanas de todas las Iglesias de París que celebran el nacimiento de Jesús—

estas campanas que Bonáparte restableció en otro tiempo en las torres y en los campanarios cuando, Cónsul pacificador, reconciliaba en Francia tantos hermanos enemigos.

¡Cuántas veces resonaron en honor suyo al entonarse los gloriosos *Te Deum!* ¡Y cómo se las lanzaba, unas veces más á vuelo, hace apenas algunos meses el día del nacimiento del Rey de Roma, fecha memorable en que el cielo, concediendo un hijo al héroe, parecía estar en inteligencia con él, reconocer la legitimidad de su obra y prometerle su duración!

Sin embargo, en esta velada, tan alegres, tan triunfales como por Austerlitz ó por Wagram, suenan, en la noche fría y clara, por el humilde niño, por el hijo del carpintero nacido sobre la paja de un establo, hace ya mucho tiempo, mientras que voces misteriosas clamaban en los espacios del firmamento estrellado: "¡Gloria á Dios y paz sobre la tierra!"

El Emperador escucha las campanas de Navidad. Sueña, se acuerda de su infancia oscura y montañesa, de la misa de medianoche de su tío el arcediano en la Catedral de Ajaccio, de la vuelta de la numerosa familia á la antigua morada, testigo de tanta pobreza sufrida con valor y de la belleza de matrona de su madre, presidiendo la frugal cena de Nochebuena, en que se comían castañas. Su hijo, el hijo del Emperador victorioso y de la arquiduquesa de Austria, no conocerá estas miserias, será dueño del mundo.

Fuera, en la noche glacial, las campanas siguen sonando por Noel.

A la puerta de las Tullerías el veterano con su gorra de pelo que marcha á grande y ligeros pasos

delante de su garita, para calentarse los pies, se acuerda quizás en este momento de una oración ó de un cántico que en otro tiempo aprendió de memoria, en la aldea, sobre las rodillas de su madre, y sonríe con ternura bajo el rudo mostacho al pensamiento del Niño Jesús en su pesebre.

El Emperador no oye el piadoso llamamiento de las campanas; sólo piensa en su hijo y, súbito, se apodera de él un irresistible deseo de verlo.

Se levanta, da unas palmadas. Luego se abre una puerta oculta en la tapicería. Aparece Roustán. A una señal del amo toma uno de los candelabros; y el Emperador, alumbrado por el fiel mameluco, á través de los corredores desiertos, va derecho al aposento del pequeño rey y penetra, despide con un gesto á la nodriza y á las damas repentinamente despiertas, y permanece en pie ante la cuna del prodigioso recién nacido.

El Rey de Roma está profundamente dormido. En la blancura de la ropa y de los encajes que atraviesa el gran cordón de la Legión de honor, el gracioso rostro con los ojos cerrados, medio hundido en la almohada, y una de sus manecitas regordeta, adorable, que descansa sobre el cobertor, dos manchas de carne infantil; y, sobre este candor, sobre esta pureza, sobre esta inocencia que representa un niño en la cuna, la ancha cinta de mueré escarlata pasa como un arroyo de sangre, como el río de sangre que se va á derramar con la esperanza de que esta cabeza todavía tan débil lleve un día la má pesada de las coronas, y que esta pequeña mano, ahora delicada y linda como una flor, recoja más tarde todo un haz de cetros.

Napoleón considera á su hijo. Sueña—y jamás el orgullo humano acarició más deliciosamente un corazón—con que los grandes dignatarios de su Corte, los Generales más ilustres que los héroes de Homero, sus Ministros y sus Senadores recamados de oro se inclinan delante de esta cuna temblando de respeto, y con que los jacobinos renegados, los antiguos regicidas que ahora llevan la librea imperial, apenas se atreverían á ambicionar el favor de besar aquella mano infantil.

El Emperador sueña y, en el confuso rumor de las campanas que tocan á misa de medianoche, cree oír la marcha cadenciosa de las tropas y el rodar de los arcones, allá abajo, en los caminos helados de Alemania y de Polonia. Ebrio de ambición paternal, piensa más que nunca en el Grande Ejército y en la conquista de Rusia y de las Indias; y se promete dejar á su heredero todos los tronos del Viejo Mundo. De juguete le ha dado ya la ciudad de San Pedro; y entre sus juguetes tendrá pronto el recién nacido otras ciudades santas.

¡Emir de la Meca! ¡Rajá de Benares! ¡Ved ahí títulos dignos del Rey de Roma!

¡Ah ¿por qué las mujeres de Francia no son más recundas? ¿Por qué no tiene bajo sus órdenes, el Capitán invencible, uno ó dos millones de soldados? ¡Entonces el Universo entero, el mundo todo estaría bajo su pequeña mano!

Y sigue soñando, sordo á la voz de las campanas santas, sin un pensamiento para Aquel que reina en los cielos y que mira los más grandes imperios como hormigueros. Sueña, sin ver, en el porvenir, un inmenso ejército sepultado en las nieves

del Beresina, sin ver el último trofeo de sus águilas guadañado por la metralla inglesa con el batallón sagrado de Waterloo, sin ver, en medio del Océano la roca en que guarda para él las torturas de Prometeo, sin ver sobre todo en el parque de Schoenbrunn, bajo un cielo de Otoño, aquel pálido y triste joven, con la placa de una orden austriaca sobre su uniforme blanco, que tose caminando entre las hojas muertas.

Y mientras que Napoleón persigue su monstruosa quimera, imagina el reinado de su hijo y el de los sucesores de su hijo sobre todo el Universo, y se supone él mismo, Napoleón, convertido en el fondo de los tiempos y de la leyenda, en un mito fabuloso, un nuevo Marte, un dios solar triunfando en medio del Zodíaco de sus doce Mariscales; las campanas siguen sonando alegre, triunfal, apasionadamente, en honor del pobre niño nacido en Belém, por el pobre niño que ha conquistado el mundo hace mil novecientos años, no con sangre y con victorias, sino con la palabra de paz y de amor y que reinará sobre las almas por todos los siglos de los siglos.

Diciembre 23 de 1897.

XI

EL MEJOR AÑO

Unas cuantas vueltas más de la aguja sobre el cuadrante de la péndola y terminará este año que he pasado casi todo entero sufriendo, en que he visto la muerte tan de cerca, al fin del cual me encuentro en un estado de inferioridad física que me anuncia la llegada definitiva de la vejez.

Detrás de los vidrios fríos de mi ventana, en que están apenas fundidos los blancos arabescos que en ellos tropezó la noche helada, el triste cielo de diciembre me convida á los recuerdos severos.

¡Qué año! Me imagino volver á verme en Pau, en enero pasado, después en Mandres, en el mes de junio. Dos veces me tiendo sobre la mesa de operación, rodeado de los practicantes con su delantal blanco, cuyo rostro se pone bruscamente serio; aspiro el repugnante olor de manzana del cloroformo, y oigo en mi cerebro, antes de perder el conocimiento, un ruido de martillos lejanos. Dos veces me conducen á mi morada parisienne, cual masa inerte, sacudida por la trepidación

del vagón, bamboleando sobre el catre de tijera del carro de ambulancias. ¿Cuánto tiempo permanecí de espaldas, en una inmovilidad dolorosa? El tercio de este año malhadado, sufriendo bajo la persistente hediondez de los antisépticos y las interminables noches de insomnio y de pesadilla.

Una hora espantosa surge sobre todas en mi memoria.

Por la ventana abierta de mi alcoba de tortura, penetra el calor pesado, pegajoso, aplastador de una mañana canicular. He tenido fiebre toda la noche, estoy agobiado. He llegado á ese grado de fatiga, de postración, en que se renuncia á todo y en que se consiente en morir. Pero mi buena y piadosa hermana está junto á mí mirándome atentamente, haciendo un doloroso esfuerzo para sonreirme; veo temblar un poco sus dedos en la barra de hierro, al pie de mi lecho;—y sentada á mi cabecera, otra mujer, una amiga querida está inclinada sobre la mano que yo le abandono y aplica en ella con vehemencia sus labios abrasados é hinchados por las lágrimas.

No puedo recordar aquel momento sin estremecerme; en el curso de mi enfermedad fué aquél en que me sentí más desgraciado. Pues cuanto al dolor físico, es preciso resignarse, cuanto á la muerte, se la pide y se la llama en los suplicios. Pero el pensamiento de que sufriendo se hace mal á los seres amados y de quien uno es amado, y de que al desaparecer quedarán reducidos á la desesperación, es un pensamiento intolerable. Conozco bien los dos corazones que por mí sufrirían en aquel día, junto al lecho del dolor, estoy seguro de ellos;

y, considerándome entonces como perdido, me preguntaba presa de la angustia qué iba á ser de estos corazones que no latían más que para mí; y, no obstante mi postración, trataba de encontrar, para esas dos pobres mujeres, algunas dulces palabras que las habituasen un poco á la idea de mi partida, diciéndoles que después de todo si moría no era culpa mía y casi les pedía perdón.

Si, fué cruel para mí este año de 1879. ¿No es, me pregunto, el peor de toda mi vida?

No, Dios mío. ¡Es el mejor!

Porque uno de vuestros sacerdotes ha venido, me ha mostrado simplemente vuestra cruz, me ha recordado vuestra sublime enseñanza: que el dolor es inevitable; que, si es preciso consolar el dolor de los otros lo mejor que se pueda, debe cada cual aceptar sin queja el suyo; y desde entonces, fortificado por vuestra gracia y por vuestro ejemplo, he sufrido mis penas, no solamente con valor, sino con una especie de satisfacción íntima, acordándome de que había sido lo que se llama un hombre feliz; que había gozado mucho más y sufrido mucho menos que tantos otros, encontrando justo que el equilibrio pudiera restablecerme, y, descartado todo peligro inmediato, dándoos gracias por haberme concedido este plazo más resignado de antemano á todos los males que me están reservados, feliz con la idea de no poder ofrecer personalmente un testimonio de la injusticia de la naturaleza y de la desigual repartición de los bienes de este mundo, puesto que habré sufrido y alentado por la esperanza de no llegar á la muerte sino después de haber experimentado toda mi parte de desgracia.

He aquí sentimientos que extrañarán á muchos de

mis contemporáneos; pues por dondequiera no se oyen más que voces que claman por la felicidad y de todos lados llega á mí este grito:

“¡La vida! Pedimos para todos el derecho á la vida, á toda la vida. Reclamamos la vida integral, con todos sus goces y con todos sus placeres, la dilatación completa del individuo,” etc.

Lejos de mí la idea de desalentar los esfuerzos de los que quieren hacer las condiciones de la existencia tolerables á todos los que sueñan en disminuir, si no destruir la miseria y la ignorancia. Pero, ¿puede pronunciarse de buena fe esta palabra, que parece una ironía á cualquiera que no es un niño, “la alegría de vivir”?

¿En dónde la buscamos, en efecto? ¿En los sentidos? Pero cada deleite, inmediatamente castigado por la tristeza de la carne hastiada, es un paso huir, si no en destruir la miseria y la ignorancia. Pero la ciencia es también engañosa y puede compararse á una infranqueable cadena de montañas, en donde el viajero, de lo alto de cada pico á donde ha trepado penosamente, ve ahondarse á sus pies más profundos abismos y dibujarse delante de él cimas más inaccesibles.

En la vida—dura para muchos, mediana para los más y sólo para algunos privilegiados sembrada de algunos días hermosos—no hay verdaderamente más que una felicidad y una alegría: amar. Pero es tal la debilidad de la naturaleza humana, que no amamos, es decir, que no hacemos á otro el don de nosotros mismos, sino con el deseo de un don recíproco. Ahora bien, nada es más raro que un sentimiento completamente asociado, y el que ama hasta la abnegación, hasta el sacrificio, no encuentra

las más de las veces otra cosa que la indiferencia, y tal vez la ingratitude y la traición, de suerte que el sentimiento que nos inspira nuestras mejores esperanzas es también casi siempre el origen de nuestras peores decepciones y de nuestros más amargos pesares.

¿Qué hacer, pues?

Para esto—como para el sufrimiento—ha encontrado el Cristianismo la solución. Ciertamente él nos ordena amar. Digo más. Es la más grande y la mejor escuela de la fraternidad que el mundo haya conocido, puesto que quiere que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos.—Entendédlo bien, como á nosotros mismos.—Pero pretende que amemos sin exigir reciprocidad, con desinterés completo, en fin—como dice el pueblo en su lenguaje ingenuo y profundo—que amemos por el amor de Dios.

¡Saber sufrir! ¡Saber amar! He aquí el precioso secreto que descubrí en el Evangelio durante mi enfermedad; y he aquí por qué, en esta velada de diciembre, diciendo adiós al año que se va y que me deja todavía muy débil y sujeto á penosos cuidados, proclamo altamente que me fué más propicio y bienhechor que todos los otros años de mi vida.

¡Ah! si los desgraciados supieran sufrir mejor y si los felices supieran amar mejor, qué aurora de paz y de bondad luciría para el mundo! los que no creen en los milagros deben al menos desear éste. ¿Pero es permitido esperarlos? ¿Hay que confiar en algunos presagios favorables? ¿En este suelo religioso, por ejemplo, que anima las obras recientes de algunos escritores y que encuentro hasta en las hojas sueltas de la prensa? ¿O más bien, en

la evidente inquietud de los enemigos de Dios, que parecen estar en la hora presente aterrados por las consecuencias de su obra funesta? ¡Ah! que venga el sembrador de la parábola y que arroje á manos llenas la semilla de la resignación y de la solidaridad cristianas sobre esta sociedad moderna tan lúgubre y caduca, en donde vemos, arriba tanta corrupción y sequedad de corazones, y abajo tanta revuelta y desesperación!

¡Qué noble tarea—y qué gloria—sería para un joven poeta de genio manifestarse nuevo Chateaubriand como el precursor de un renacimiento de la fe. ¡Ay! ya en la decadencia de mi vida, pobre hombre que abrazo la cruz como un náufrago se ase á una tabla, no puedo hacer otra cosa más que expresar este deseo.

Considero con tristeza mi alma en jirones avergonzándome de ofrecer á Dios tan miserable presente. Pero confío en el pensamiento de que su misericordia es semejante á la ingeniosa caridad de sus admirables siervos, las Hermanitas de los Pobres que, con algunos harapos y los desperdicios de las cocinas visten y alimentan á los ancianos indigentes.

¡Bendito sea, pues, el año que se va, pues fué para mí el año de prueba, el año de la gracia en que pude recoger las ruinas de mi corazón y en que he vuelto á encender, en este vaso hecho de despojos, el grano de incienso de la oración!

Diciembre 30 de 1879.